

descuidillo tenga que sufrir el amor propio, tan inseparable del hombre, en honor de las verdades científicas, y para desengaño de los lectores de *allende* que viven persuadidos de que en las provincias carecemos de ilustración, ó, lo que es lo mismo, nos hallamos muy acasados en materia de nuevos descubrimientos.

Basta de Prolegómenon, (¡no me disgusta el terminillo!) y entremos en materia, Señor Aventurero.

Yo estoy persuadido, (permítame vmd. le haga este honor) de que habrá despreciado altamente lo que dice su hortelano *Juan Panderó*, y ha tenido la bondad de trasladar á nuestro Periódico, sobre el aporcamiento de los cardos y apios, lo del palmito, y la algedrea, y la albahaca, porque aun quando vmd. no haya leído de estas materias, le sobra raciocinio para comprender que las observaciones y experimentos físicos no son para cabezas redondas: y para que vea que no hablo á vulto ni con exágeracion, (cuya figura retórica usé por desgracia en mi anterior, para que nos encajase el epistolio del hortelano) lea esas quantas leyes de la vegetacion que Bonnet, Meese, Van-Swiden, Ingenous Senebier y otros muchos célebres Naturalistas han establecido á costa de infinitos ensayos y preciosas investigaciones, despues de haber probado Ray en su *Historia general de las plantas* publicada en 1686, con muchas observaciones, que la luz sola influía sobre el color verde de los vegetales, y que el fenómeno de ahilarse las plantas, esto es, de blanquearse, y prolongarse sus tallos y hojas adelgazándose contra el orden natural, no se debía á la privacion del ayre, ni á la influencia del calor, sino á la luz. *Se concluirá.*

FABULA

traducida de Lafontaine:

El Carnero, la Cabra y el Cerdo.

Conducia hácia el mercado

